

## PRÓLOGO

“Por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela.”

*Fortunata y Jacinta*, 1, 3, III

#### CÁNTAROS ROTOS

ALGUNA vez ha contado uno cómo se siente escribiendo estos libros al tiempo que corrige y reescribe los antiguos para su publicación: me acuerdo de ese chino de circo que sale a la pista con cincuenta platos y unas varillas parecidas a las que llevan los cohetes...

Allí le espera una mesa estrecha y larga, de las que les ponen a los pobres en sus cotarros. Tiene la mesa unos agujeritos donde encajan unas al lado de otras esa guías o cañas, como las llaman en Valencia, país de la pólvora. El chino va vestido como los mandarines, con aparatoso balandrán de seda roja y dragones bordados, anchas mangas y un bonete en la cabeza con su botón y su coleta negra. Coloca un plato en el vértice de la caña imprimiendo en él un enérgico y seco giro, y cuando lo tiene bailando, mete la varilla en el orificio de la mesa, y pasa al siguiente, con el que procede del mismo modo. A medida que va poniendo en movimiento unos, los otros en la mesa, sobre la caña, giran y giran. Ha de obrar con precisión y celeridad si quiere ponerlos en danza todos. Cuando los primeros desfallecen, deja su tarea y corre hacia el otro extremo, y allí, con un golpe experto, imprime nuevos bríos a los desfallecientes. Al final, el ir y venir ade-

lante y atrás es frenético, y no sabe ya a qué atender, si a poner en movimiento unos o a mantener danzando los demás. Nuestros ojos van involuntariamente a veces a ese plato que empieza a alabearse amenazando con pararse y caer. Se diría que intentaríamos con la mirada sostenerle en su penoso equilibrio, y gritamos advirtiéndoselo al malabarista como los niños que, en el teatro de títeres, tratan con sus chillidos de descubrirle a la princesa la presencia del rufián. Al pobre chino mandarín esos socorros ya no le sirven de mucho, porque el peligro lo tiene en todos los frentes, en todos los flancos, y sus carreras y sus descoyuntados aspavientos se hacen angustiosos. Su semblante, sin embargo, sigue risueño y no sólo no deja de mirar al público, sino que le sonríe con las cejas exageradamente levantadas, indiferente a la formidable epopeya que se trae entre manos. Parecería incluso que tenerlo contento y distraído es para él mucho más importante que los platos, a los que vigila no obstante con el rabillo de sus ojos rasgados de pega, porque se nos había pasado por alto: no suele ser ni chino. Nosotros, en cambio, tememos que en cualquier momento sobrevenga el desastre. Bastaría con que uno solo de esos platos se viniera abajo, por muy pimpantes que se quedaran los otros cuarenta y nueve en su cimera, para que el alarde quedara sin más aplauso que uno triste y de consolación. Pero no, ahí sigue él, con una fe absoluta en sus habilidades. Todo acaba cuando clava en la mesa la varilla con el plato número cincuenta. El público, conquistado, estalla en una apretada ovación, pero el malabarista apenas tiene tiempo de disfrutar las mieles del éxito: el plato uno, entre estertores, agoniza como mareado y a punto está de venirse al suelo, lo mismo que todos los de ese sector. El chino, que lo ha advertido, corre desalado allí sin dejar de mirar al público ni sonreírle con las cejas levantadas ni dejar de dar cabezadas para agradecer la ovación, y con un habilidosísimo golpe en la caña lanza el plato por los aires y lo recoge acto seguido con destreza. El hombre de la batería acompaña ese

brusco final con un baquetazo en los platillos. Lo mismo ocurrirá con los cuarenta y nueve restantes, propulsados uno detrás de otro a las alturas y recogidos a continuación limpiamente a velocidad de vértigo, mientras el estrépito metálico de la música subraya la proeza, cerrada con un acorde apoteósico y la locura transitoria del de la batería, que ataca a la vez, como un poseso, todos los bombos, platillos y tambores que tiene a su alcance. En ese momento, el público, enardecido, aclama al artista, sin saber muy bien de qué naturaleza ha sido ese MDT (más difícil todavía), el efímero prodigio que acaba de presenciar.

Si quitamos a la escena los aplausos, la orquesta y el público, se ve uno como un hombre que ha decidido poner en danza su vida en estos libros. A estas alturas, quedan atrás más o menos girando miles de páginas. Ya no sé bien lo que era de ayer o de hoy, sólo estoy seguro de que ha sucedido. Y que mientras sucedió iba girando, al principio resueltamente y luego, poco a poco, como todo lo que se desgasta, con pausado giro.

Tampoco sé cuántos platos más me quedan, y cada año uno es más viejo. Ya no tengo las piernas del joven ni puede uno correr como antes de un lado para otro, aunque cuando se cae mi vida al suelo, tampoco pasa nada. Si es de plástico, la recojo y vuelvo a ponerla en danza sobre su caña. Si era de barro, trato de componerla como puedo, juntando los fragmentos con ilusión, gran pegamento. Nadie me mira. Estoy solo, como en un ensayo que al mismo tiempo es el estreno mundial; no otra cosa es la vida.

Me habría gustado ser pintor. Ahora tendría una buena suma de cuadros con escenas de gente, retratos, naturalezas muertas y paisajes. El trabajo de hacerlos habría sido, quizá, el mismo, si no mayor, pero a la gente no le llevaría mucho tiempo mirarlos. Hemos visto exposiciones de doscientos cuadros en una hora, museos enteros en una mañana. Cuando pienso que el lector de estos libros tendrá que quedarse entre sus páginas tanto

tiempo, siento hacia él una profunda gratitud, y por eso me gustaría que las historias, retratos, viajes y estampas domésticas que se le dan aquí fuesen, cuando menos, airosos y mecánicos como los platos giratorios.

Soy un hombre melancólico. Se parece uno en eso a los funambulistas, a los domadores, a los enanos y demás paisanos de la nación circense. Como en los melancólicos, mi lengua es la ironía, y nada me consuela más de mi destino que ese lector que asegura haberse reído leyendo algo con lo que he escrito. Es bueno, me digo, que “el melancólico se mueva a risa”. Hay quienes piensan que el humor es una debilidad. Quién sabe. La vida de por sí, teniendo que acabarse, es la mayor de las debilidades. Último este prólogo después de haber visto una extraordinaria exposición de Van Gogh. Por eso me he acordado de la pintura. En diez años realizó mil cien dibujos y pintó novecientos cuadros. Teniendo en cuenta que de esos diez años pasó mucho tiempo en hospitales, viajes y conversaciones con las gentes humildes, su obra tuvo que hacerse necesariamente en raptos increíbles. La exaltación en que me dejaron sus pinturas me ha traído a la lectura de sus conocidas cartas a Théo, recogidas en tres apretados volúmenes, donde leo: “Mi querido hermano: lo mejor de esta vida quizá sea ridiculizar nuestras pequeñas miserias y acaso también un poco las grandes. Actúa como hombre y camina derecho hacia tu meta. Nosotros, artistas en la sociedad actual, no somos más que cántaros rotos”.

Siempre he creído que los diarios del hombre moderno no eran sino fragmentos de un cántaro roto que intenta uno recomponer de mil maneras. Un trabajo de chinos, en efecto. Claro que en otra de las cartas parece glosar el pintor una de las sentencias de Gracián, tantas veces traída a estas páginas: “¿Qué quieres? Sufrir sin quejarse es la única lección que hay que aprender en esta vida”. La queja, sí, trae descrédito.

Aquí se presenta ante ti, amigo mío, otro año más, este chino leonés, con sus platos y sus cañas, su balandrán rojo, su gorrito mandarín y su coleta, y una vida hecha pedazos que a su manera giran también quién sabe sobre qué vértice.